

Breve antología

EL SINO TRAGICO DE TERESA VILLA

Hace muchos años apareció en *La Miscelánea*, de Medellín, una relación fantástica sobre el matrimonio del teniente coronel español don Juan Tolrá con doña Teresa María Antonia de los Dolores Villa, muchacha perteneciente a una familia de rancio abolengo.

Referíase allí como cosa cierta que hallándose en el almuerzo de boda, después de celebrado el matrimonio en una parroquia de Medellín, había llegado precipitadamente un emisario del virrey con orden para Tolrá de que saliera inmediatamente para el interior, a campaña. Había, naturalmente, en esa novelita toques de clarín, pisadas de caballos que se alejan, y el inevitable desmayo de la novia. Con el tiempo la novela tomó cuerpo y se convirtió en realidad, reforzada por un hecho verdadero: la muerte de Juan Tolrá en el campo de batalla de Boyacá; pero como de esta no podía haber una comprobación absolutamente cierta, la leyenda se enriqueció, convirtiendo la muerte, que consideramos efectiva, del oficial español en una desaparición romántica que viene a ensombrecer los segundos amores de Teresita Villa, y posiblemente a demorar su matrimonio con el coronel José Manuel Montoya, mientras se hacían las averiguaciones del caso. Se rumoraba que estando Montoya en asuntos de servicio en la plaza de la guarnición, fue detenido una noche por un militar embozado, que le tendió la mano, y sin dejarse conocer, desapareció después de haberle dejado una sortija que resultó ser el anillo nupcial de Juan Tolrá.

No importa que un sueño mienta si es bello, ha dicho Anatole France. Y bien quisiera yo no tomar parte en la destrucción de esta leyenda, siempre más atractiva que la realidad; pero como esta en el caso presente no carece de encanto, vamos a procurar establecer, hasta donde sea posible, la verdad de lo ocurrido en torno de la que fue considerada por sus contemporáneos como la mujer más bella de su tiempo, algo así como la Elvira Silva de la primera Colombia.

Teresita Villa nació en Medellín el día de la santa de su nombre, la doctora de Avila, de 1801, del matrimonio de don José Pablo de Villa Tirado y de doña Francisca Piedrahita Mariaca, quien quedó viuda en 1805, y años después contrajo segundas nupcias con don Mariano Pontón, natural de Nemocón, que fue a dar a Medellín como empleado en servicio

del rey, y debió de regresar a Santa Fe hacia la época de la reconquista, porque en 1818 la señora Piedrahita Mariaca declaraba, en esta ciudad, en las informaciones para el matrimonio de su hija Teresa con el comandante Tolrá.

Don Juan de la Cruz Tolrá, natural de Laredo, era por ese tiempo hombre de treinta y tres años, y comandaba el batallón Segundo de Numancia en el ejército expedicionario. Estaba bajo banderas desde muy niño, habiendo servido en varias campañas en la península hasta su embarque, en febrero de 1815, en el ejército que vino a Costa Firme con don Pablo Morillo. Según su hoja de servicios, su valor era muy acreditado, sobresaliente su aplicación, mucha su capacidad e irreprochable su conducta... Y afirma el canónigo Peñuela, en su libro sobre la campaña de Boyacá, que no desdijo de sus jefes y compañeros en punto a crueldad en la represión de los rebeldes, cuando mandó en jefe una expedición contra los facciosos de los llanos en 1817. Juan y Teresa debieron conocerse y trabar relaciones en Santa Fe, en casa de la familia Rendón Campuzano, y hay constancia en los archivos nacionales de sus solicitudes para obtener licencia de casarse. El 4 de febrero de 1819, "por hallarse próximo a emprender su marcha a la campaña", pide con urgencia el anhelado permiso, para lo cual había conferido poder con anterioridad a don Mariano Pontón, por si no podía "concurrir personalmente, por tener que salir al cumplimiento de sus deberes, a comisiones y encargos de su ejército, ignorando, de consiguiente, su vuelta".

La licencia le fue concedida por resolución de 9 de febrero, y el 17 del mismo mes lo encontramos en Tunja, después de haber alcanzado a su batallón en Chocontá. Por tanto, si el enlace no se verificó más tarde por poder, tuvo nuestro hombre unos pocos días para llevarlo a cabo, y gozó de brevísima luna de miel. Que no regresó de la campaña es evidente, pues se encuentra claro y continuo rastro de él en las maniobras de campaña efectuadas hasta la jornada de Boyacá, en la cual perdió la vida.

No hubo, pues, no pudo haber matrimonio en Medellín, como lo afirma el escrito inverosímil de *La Miscelánea*. Si a la ceremonia concurrió el novio, o si se hizo representar por apoderado, es dato que solo podría darnos la partida correspondiente, y no se ha hallado en ninguno de los archivos parroquiales. Contribuye esto a probar, me parece, que el enlace se llevó a cabo precipitadamente, en presencia de algún capellán castrense, lo que explica el que no se hubiera sentado la partida. Los momentos eran angustiosos. Precisamente por esos días Barreiro se preparaba para hacer su entrada al llano, y debía tener a mano todas las fuerzas disponibles. Sin duda Tolrá se casó inmediatamente después de obtenida la licencia, y despachó adelante su batallón, al que, como hemos visto, se reunió en Chocontá.

Habría otra fuente en donde verificar la verdad: las informaciones que para las segundas nupcias de la señorita Villa debieron tomarse en 1828, seguramente muy prolijas, desde luego que no podía existir partida de defunción de un oficial muerto en un campo de batalla que, por sus circunstancias especiales, hubo de quedar abandonado, por vencedores y

vencidos con el último disparo. Barreiro y su estado mayor, prisioneros al terminar la acción, mal podían dar parte de lo sucedido. Bolívar, interesado en caer rápidamente sobre la capital del reino, no iba a perder tiempo en reconocer el campo. Allí sí que debieron sentir, quienes quedaron tendidos a la vera de la quebrada de Los Teatinos, de cara al triste sol del páramo, la oscura frase de la Escritura: "Los muertos que entierran a sus muertos". Pero tampoco me ha sido posible hallar tales informaciones.

Teresita Villa tuvo una viudez ejemplar, cosa poco común en aquellos tiempos, y menos en los presentes. Su amor por el comandante Tolrá, sin embargo, no debió de ser muy apasionado. Tenía quince años de diferencia; era él un áspero soldado que había pasado su vida entre el cuartel y el campamento, teniendo por único culto la disciplina y la ordenanza. Su hoja de servicios tiene la dureza de una lámina de acero. Para estos hombres la mujer era una parte del botín del asalto a la plaza conquistada tras larga abstinencia de todo placer en la campaña prolongada, o era la esclava, si se llegaba a ella por la vía legal, en los cortos paréntesis de una guerra interminable. Estos oficiales españoles que vinieron a la reconquista tienen toda la resistencia, toda la dureza, y, no lo neguemos más, la grandeza toda de sus antepasados de la Conquista.

José Manuel Montoya fue uno de los mozos de la clase alta que a la llegada de Córdoba a su provincia se apresuraron a tomar servicio en la columna libertadora de Antioquia. Oyó silbar las peladas por primera vez en Chorros Blancos y Zaragoza; salió al bajo Magdalena, concurrió al asedio de Cartagena, y rendida esta por Montilla, fue destinado a la provincia de Santa Marta, donde se peleó duramente hasta fines del año 23. Pero su vida de campamento estaba atemperada por una infancia y una primera juventud pasadas en el tibio ambiente de Ríonegro, ciudad provinciana donde las mujeres eran muy dadas al cultivo de las flores, y al de la inteligencia los varones.

Debió conocer a la viuda bonita hacia 1827, en Santa Fe, y mereció de ella la preferencia entre varios galanes que la cortejaban, porque para el año siguiente, mientras iba en comisión al sur, dejó poder a su hermano Luis María para que lo representara en la ceremonia nupcial, que se efectuó en la iglesia de San Victorino el 22 de junio de 1828, siendo padrinos don José Manuel Restrepo, el historiador, y su esposa, doña Mariana Montoya, hermana del novio. ¡Como rondaba la tragedia sobre la viuda de Juan Tolrá! Años después, Mamerto, el hijo del caballero que representaba al novio a su lado en el altar aquel día feliz, había de encontrarse, pistola en mano, enfrentado, por una querrela de amor, a Federico, el único hijo del segundo matrimonio de Teresa Villa, en torno de quien revolaron con persistencia halagadora y cruel los divinos gemelos, el amor y la muerte.

Pero estaba escrito que esta mujer, que concentró en su figura fina y romántica toda la riqueza femenil de una época, no gozara mucho tiempo de la felicidad conyugal. La rebelión de Córdoba sacó a Montoya del servicio de guarnición y lo llevó a campaña. De Guaduas, de Honda, de todas las paradas del camino le escribe el coronel, enamorado como un

doncel de romance. De Canoas, el 11 de octubre, ya a punto de tomar contacto con el enemigo, le dice el general O'Leary a su mujer: "Mande a decir a Teresita Villa que José Manuel se ha adelantado sin escribirle, porque yo apuré su salida"... La apuró para que, valido de su vieja amistad con Córdoba, le disuadiera de su descabellada empresa. La caballerosa insistencia de Montoya se estrelló en el inquebrantable concepto que del honor militar abrigaba el de Ayacucho.

La paz era en aquellos días azarosos un estado de excepción. En 1830, angustiada por los peligros que corría su marido en la campaña contra Urdaneta, al dar a luz a su hijo, dejó de existir Teresa Villa. "...Murió también la bella Teresita, mujer de José Manuel, y le ha dajado un hermoso niño", le escribe Juan Manuel Arrubla al general Santander.

Cantaron su muerte los poetas de entonces. El soneto elegíaco de don Andrés Marroquín ha pasado a las antologías. José María Sáiz e Ignacio Gutiérrez Vergara, jóvenes concurrentes a la tertulia del Parnasillo, ensayaron también su lira en esa ocasión.

...Es Rionegro, en la casa solariega de los Montoyas. El ruido de un sable sobre el piso enladrillado del corredor y los pasos de un hombre calzado con fuertes botas militares que se detiene, despertaron en altas horas de la noche a don José María y doña Pepa. Los viejos se miran asustados. Nadie, nadie... Doña Pepa apunta en el espaldar de la cama de caoba con un alfiler: 23 de julio... Era el 23 de julio de 1833. En la tarde de ese día, en la calle de San José de Bogotá, el coronel José María Montoya, hijo amadísimo de don José y de doña Pepa, caía muerto al recibir un disparo de manos del teniente Pedro Arjona complicado en una conjuración contra el gobierno del general Santander.

Veinte años después, al salir de un baile, Federico y Mamerto, que se disputaban el amor de su prima Isabel, se batían a pistola a las orillas del Fucha. El hijo de Teresa Villa llevó —no podía ser de otro modo— la peor parte. El vencedor tampoco pudo obtener el galardón: se interponía la sangre. Mucho más tarde una hija de don Mamerto y un hijo de doña Isabel, al unirse rscataron aquella sangre.

Diciembre 24 de 1938.

EL SILVA QUE YO CONOCI

Silva nació de un matrimonio feliz y su infancia y su primera juventud corrieron en un ambiente de riqueza, de aristocracia y facilidad, de aquellos que si son propicios para desarrollar los gustos refinados y la repulsión por lo vulgar —condiciones que acompañaron siempre al poeta— no son quizá los que mejor preparan el ánimo del niño para afrontar serenamente los asaltos que a cada vuelta del camino de la vida ha de presentarle la fortuna.

De su padre don Ricardo Silva, tipo de perfecto caballero, escritor de aticismo incomparable, heredó José Asunción, por sobre todo, el encanto especial de su conversación, el amor irresistible a lo bello, la percepción

rápida y precisa de lo distinguido, de lo delicado, de lo artístico, y el don de la observación que fue la cualidad dominante de su padre. A la muerte de este en 1887, los negocios iban mal. Las costumbres bogotanas eran aun muy sencillas, y Silva, padre e hijo, habían querido llevar a los negocios el inseparable compañero de sus naturalezas de selección: el gusto por las formas perfectas. Su almacén presentaba una especie de exhibición de cosas demasiado buenas para el momento, demasiado anticipadas para la ciudad que tenía aun mucho más de la Santa Fe del Niño Agapito y del Padre León, de las Ventanas Viejas y del Portón de Casa, que de nuestro Bogotá alumbrado por electricidad y cruzado por líneas de tranvía. Sus sentimientos de intelectuales ultra, les extraviaron en las sendas de los negocios, y cuando José Asunción se encontró solo en frente de la casa comercial, la situación era ya sobrado difícil para poder sortearla con éxito. De día en día la suerte le fue más adversa y dolorosa, buscó el desquite en diversos campos, mas como siempre la mejor parte de su ser se sustraía instintivamente a la clase de trabajo que sus necesidades materiales le imponían, los negocios tomaban el desquite, mostrándose siempre esquivos al poeta que les aceptaba a *contre coeur*.

Una anticipación a su tiempo constantemente manifestada, y un andar perenne fuera del medio en que Dios le colocara, fueron los rasgos característicos de aquel hombre de inteligencia privilegiada y de tan escasa fe con sus propias fuerzas.

Si como heredó la belleza física, hubiera heredado de su madre el claro sentido de la realidad que la distingue y su recia y combativa energía, ciertamente el alma frágil y la mente soñadora del cantor del *Nocturno* habrían tenido un elemento de vigor interior y de equilibrio perfecto que le habrían evitado el doblegarse ante la vida para quebranto de los suyos y en daño de la gloria literaria de su patria a la que se deben en toda su extensión los tesoros que guardan las inteligencias de sus hijos.

Quizá no hay una memoria de que se haya abusado más en Colombia y en general en Hispano América que de la de José Asunción Silva. La desfiguración ha sido en toda la línea. Cada cronista que se inicia, cada pichón de escritor que comienza a gatear, hace un Silva a su manera y lo suelta a la calle por la vía estrepitosa de los linotipos. Si el poeta fue desgraciado en vida por su total desacuerdo con el medio y con la época, si ha sido de malas en la publicación de sus obras, caídas algunas de ellas, en manos de editores cursis y de empresarios incomprensivos, no lo ha sido menos con los imitadores, biógrafos y amigos póstumos que le han resultado; y es lo peor del caso que no faltan en el grupo amigas, que soplan al oído de las adolescentes de hoy la especie de que ellas —cada una de ellas, y son muchas— fueron la sola sombra larga, que se confundió con la del poeta en la noche de luna que inspiró el más hondo de sus cantos. Nada menos que la sombra que a través de los tiempos se ha venido prolongando y creciendo en una sola y misma línea luminosa con la gloria del cantor.

Jamás osaría yo, monaguillo ocasional de las letras, intentar un estudio de la obra de Silva, ni de su personalidad literaria. Tocar a su grandeza es para grandes poetas al estilo de Valencia y de Londoño. Analizar

su trabajo de orfebre, es tarea para críticos avesados, formados en disciplinas intelectuales serias, sostenidos por un contacto íntimo y constante con los libros, como son Gómez Restrepo, Sanín Cano, Fernando de la Vega, Manuel Antonio Bonilla.

Quiero solamente despejar un poco el campo alrededor de la persona social de José Asunción Silva, ya que le conocí desde bastidores, y que los quince años que nos ponían a distancia imposibilitaban toda amistad en pie de igualdad. En primer lugar Silva no fue un hombre desinteresado a la manera de tantos letrados, los de raza española en especial. Amigo del lujo, catador finísimo, experto instintivo de todo lo excelente, su naturaleza no pudo avenirse jamás con la pobreza, con esa pobreza amada orgullosamente por los Caros, amiga dilecta de Pombo, querida bohemia de Flórez. No sentía él cómo pueden escribirse en un cuarto pobremente amoblado, para imprimirlos luego en mal papel de un diario político, versos que soñaba editados en el pasaje Choiseau por Alphonse Lemerre, o para leerlos a un corto grupo de amigos comprensivos y bien vestidos de sobremesa de un banquete, en su biblioteca donde no faltaría un solo detalle marcado honda y discretamente con el sello de su personalidad; o después de un almuerzo en el parque de su residencia de campo, un parque con prados de ese verde profundo que solo dan los siglos; con sombras de cedros y nogales que se suponen plantados por remotos bisabuelos; con humedades emanadas de los rincones que no toca jamás el sol. Un parque como el de uno de sus favoritos, Alfredo Tennyson, cuyos límites no se adivinen con precisión; una mansión cuya despensa estuviera muy lejos de la biblioteca y del salón, a donde el menudo detalle de la vida diaria llegara amortiguado por el respeto ceremonioso del señor intendente.

Pero no ha sido esta la faz en que se ha visto el poeta más maltratado; otros han querido comunicarle cierto colorido donjuanesco, cierto sabor de capa y espada a que fue él completamente extraño. No siempre son los escritores los más dados a este juego de desfiguración, son los amigos póstumos que en tertulias y corrillos refieren anécdotas y aventuras en que ellos aparecieron como testigos o coautores. Hay que decirlo francamente: Silva fue más bien un hombre casto; las aventuras que se le han atribuído son absolutamente apócrifas; ni su temperamento, ni la manera de ser de nuestra sociedad en esa época se prestaban para aquello, ni siquiera el flirt con sus dependencias y anexidades había despuntado por entonces. Hay más, no era Silva el ejemplar de hombre para gustar a las mujeres de su tiempo. El sitio estaba dominado por el hombre más macho. Bogotá era más una ciudad de provincia que la capital tirando o cosmopolita que vemos hoy. El hombre trabajaba en el campo y pensaba en la guerra; las calles, las casas estaban demasiado cerca aun de los potreros; en los solares de los amplios caserones pastaba ensillado en la noche el caballo que había de conducir al joven en la madrugada a regir faenas varoniles, soleadas; en la tarde regresaba pasando por la ventana de la novia que le esperaba detrás de la cortinilla, estremecida por *l'eperon froissan les rauques étriers*. ¿Puede concebirse racionalmente la aventura galante de corte siglo XVIII en medio como éste?

Afectado, afeminado le oímos llamar más de una vez por labios femeninos, y dentro de la época estos epítetos cuadraban exactamente y

eran justos. Vestido siempre a la rigurosa de Londres; hablando mucho más bajo que sus contemporáneos, pensando más sutilmente, más complicadamente, podía y así fue en ocasiones, que su talento era muy grande, atraer, fijar en una visita sobre sus temas los bellos ojos oscuros de una bogotana, lograr su atención sobre sus análisis agudos, originales, salpicados de reminiscencias artísticas, de sus lecturas numerosas. ¿Habéis leído sus prosas? Allí está todo él con las mujeres. Allí su esfuerzo por ponerse en comunicación con ellas, por buscarlas por los caminos intelectuales. Allí creaciones de mujeres que él se había soñado pero que no existían.

Solo a una amó Silva: mujer inteligente, extraordinariamente cultivada, sin el menor asomo de pedantería. Gran dama de belleza tranquila, de carácter preciso y firme. Ella comprendió sus versos, apreció en su justo valor el poder de su mente, gustó de su conversación un tanto afectada, pero extraordinariamente ágil e intensa... mas ella tampoco llegó al amor, cuando fue tiempo de amar su mano buscó la de un varón iletrado pero fuerte en el sentido en que las mujeres de ayer, de hoy y de mañana sienten o mejor dicho presienten la fuerza del hombre.

Lo que llamaría hoy cualquier cronista "vida social" no tenía entonces las exigencias y el estiramiento a que ha llegado en estos dichosos tiempos de la *high life* en que su majestad el *five o'clock* reina en los salones con su cortejo de vana superficialidad y de postizo europeísmo.

El hogar de la familia Silva-Gómez tiene un atractivo especial que ha sabido conservar con exquisito esmero a través de la buena y de la adversa fortuna. Si los reveses comerciales ensombrecieron el espíritu y quebrantaron la voluntad del hombre de la casa, no fueron bastantes para apagar en las dos mujeres —la madre y la hermana— ni el valor, ni la fe, ni la esperanza, y fue su casa —como venida de remota y clásica cepa andaluza llena de pájaros y flores— asilo de confidencias, lugar preferido de reuniones de amigos.

Las personas que nos sentamos a la mesa en casa de la familia Silva-Gómez la noche del 23 de mayo de 1896, éramos: doña Vicenta Gómez de Silva, Julia Silva Gómez, doña Biviana Vargas de Rueda, Paulina Rueda Vargas, Tomás Rueda Vargas, Oliverio Ramírez, Rafael Roldán, María de Jesús Arias Argáez, José Asunción Silva, Hernando Villa, el barón de la Barre, Julia Rueda Vargas y Domingo Esguerra.

Nada de extraño pude observar en las palabras, ni en la actitud de Silva durante las tres o cuatro horas que duró la reunión; al terminarse el refresco nos quedamos los hombres en el comedor; la conversación rodó sobre el 23 de mayo de 1867, y a ese propósito habló José de la memoria, refiriendo que su recuerdo más viejo era de aquella noche viendo la cara de uno de los conjurados su tío político Salustiano Villar, asomado por una ventana en actitud inquieta de acecho, cubierta la cabeza con el kepis francés de moda entonces y hablando de lo mismo nos contó esta anécdota del general Mosquera: al ser detenido el dictador preguntó a alguno de los conspiradores, ¿qué día es hoy? —23 de mayo, señor. Santiago apóstol, respondió con rapidez el viejo que sabía el almanaque de memoria.

Era muy cerca de la media noche cuando uno a uno salimos de la casa los diez visitantes allí reunidos, mientras José con la lámpara en la mano nos alumbraba el zaguán. Yo fui el penúltimo en salir, me despidió en el mismo tono cariñoso que le era peculiar; detrás de mí quedó Hernando Villa conversando algunos minutos con él.

Junio 6 de 1941.

RETORNO A LA SOBRIEDAD

*"Il n'y a qu'a Tarascon qu'on entend
de ces choses-la". Alphonse Daudet.*

(Tartarín de Tarascón).

Una de las características más antipáticas del tiempo que vivimos, es la ausencia absoluta de sobriedad, de sencillez. Nótase principalmente esta falla en lo escrito; y es el gran vehículo de la prensa el conductor de tanta enormidad como a diario contemplamos. No hemos sido siempre así los colombianos. Revisando papeles viejos puede verse fácilmente cómo hubo épocas aquí en que las cosas se llamaron por sus nombres, pura y simplemente por sus nombres de pila.

En lo referente a legislación, hallamos casos muy curiosos que muestran hasta qué punto un verbalismo inútil y ramplón ha invadido el campo.

El congreso constituyente de 1821 duró reunido seis meses, y solamente dictó una ley de honores: la que honra al ejército vencedor en Carabobo. Hay legislaturas como las de 1823 y 24 en que no se encuentra una sola disposición de este género. Y ¡qué leyes tan realmente elocuentes en su sobriedad solemos hallar! Cuando el general Páez fue derrocado en Venezuela, buscó asilo en Colombia. Veamos de qué manera el congreso y el gobierno de nuestro país se prepararon para recibir al León caído. "El congreso de los Estados Unidos de Colombia, decreta: Artículo único. Tan luego como el antiguo general colombiano José Antonio Páez llegue al territorio de la República, será considerado como general de la Unión, en servicio activo, para el efecto de sueldo y honores que corresponden a su clase". Nada más, nada menos. Y la muerte de José Eusebio Caro, el mayor de los poetas de la Nueva Granada, fue lamentada oficialmente dos años después de ocurrida, en estas líneas espartanas: "La República reconoce los eminentes talentos, el genio vasto y profundo y el nobilísimo carácter de José Eusebio Caro, y llora en la tumba de este joven ilustre, la irreparable pérdida de una de las más bellas glorias de la patria".

¿Qué parentesco tendremos nosotros con los legisladores de antaño? Francamente, no se alcanza a vislumbrar. Parece otra raza, otro ambiente, sin duda una educación distinta. La comparación con leyes modernas pueden verificarla los lectores por su cuenta; me limito a facilitarles el cotejo, publicando estos ejemplos entresacados al acaso de compilaciones viejas.

La falta absoluta del sentido de las proporciones, unida a un inmoderado deseo de exhibición, son características que distinguen hoy a muchos de nuestros conciudadanos, y han venido a formar un ambiente insufrible de mal gusto y de pedantería, en cuya raíz hay posiblemente algún grave vicio de educación que convendría estudiaran los expertos.

Ningún mozo que lleve hoy aquí siquiera un año de figurar en política, en letras, en deportes, en higiene o en albañilería, se conforma ya con ser notabilidad nacional. No, él pasa, y los cronistas le dan el espaldarazo, a la categoría de hombre continental. Vaya usted, mi amigo, a cualquiera hora a una oficina pública con el piadoso fin de recomendar a algún pobre diablo para que le concedan una beca, le nombren alcalde, o al menos le den una modesta portería. Al día siguiente aparece la nota en el periódico: "Nuestro amigo el ilustre estadista Fulano de Tal (hoy nadie que se estime baja de estadista), permaneció ayer por espacio de varias horas conferenciando con el señor gobernador en su despacho privado. La entrevista se prolongó hasta bien entrada la tarde, y aunque no hemos podido conocer los detalles de tan importante conferencia, sí podemos asegurar que de ella surgirá en breve una crisis administrativa de grande alcance".

La conversación lisa y llana pasó a mejor vida. Nuestra terrible, nuestra desoladora importancia nos la veda. En cambio, hemos elevado nuestra pobre y buena charla bogotana a categoría de conferencia o entrevista. ¡Loado sea el Señor!

No hemos podido resignarnos a que el conflicto del otro día con el Perú no alcanzara las grandes proporciones de una guerra al estilo de la mundial del año catorce, con sus millares de muertos, sus ciudades destruidas, sus bombas, sus gases, sus grandezas y sus miserias. Nos hemos dado a la tarea de persuadirnos a nosotros mismos —y ya lo vamos logrando— que sí fue así, y que nosotros también tenemos ante-guerra, guerra y post-guerra, y gozamos por consiguiente de una generación de post-guerra despreocupada, inteligentísima y elegantemente despiadada. No nos faltaba sino eso para ser felices. Poseemos marina de guerra y generación de post-guerra. Quizás no podamos apellidarnos república de trabajadores, como pretenciosamente llamaron a la suya los de la española, pero seguramente no sería excesivo llamarnos república de pedantes.

Mientras más se esfuerzan los altos poderes en la tarea de democratizarnos, mayores defensas buscamos nosotros, cuando menos en el idioma, para aristocratizarnos. Residencia, mansión, llaman ahora a cada nueva morada que se levanta. Nadie vive en casa —eso sería muy cursi— ni habita en el barrio de San Diego o de Chapinero. ¡No faltaba más! ¿En dónde vive el señor o la señora Tal? En su mansión, en el barrio residencial de Teusaquillo o de El Nogal.

Residencia, mansión, significan, señores y señoras de mi mayor consideración y aprecio, exactamente lo mismo que morada, albergue, en fin, que casa, que es la más bonita, la más simpática, la mejor y la más acogedora de esas palabras. Tan en residencia vive un obrero del paseo Bolívar como un pseudo-potentado de Santa Teresita. Perdónenme ustedes que les quite esta ilusión.

Aquí se hacen campañas por todo y para todo. ¿No sería muy oportuno que intentáramos una cruzada contra la alteración de los vocablos, contra la inflación verbal, contra la desfiguración desenfrenada de todos los valores? Refieren que alguno preguntó a Confucio, cercano ya a su fin: “¿Maestro, si Dios te concediera una sola cosa, qué pedirías?”. Respondió el filósofo: “Que recobren las palabras su valor literal”.

Enero 23 de 1937.

VISIONES DE HISTORIA

NARIÑO

El 1º de enero de 1820 en el pueblo de Cabezas de San Juan, cercano a Cádiz, se sublevaron por la constitución de 1812, desconocida por Fernando VII, tropas españolas que se concentraban en el sur de la península para embarcarse con destino a América. Don Rafael del Riego, coronel de esa gente, fue el jefe del movimiento, que repercutió en las cosas de la política colonial y ocasionó la liberación de los prisioneros americanos que había entonces en España, entre quienes se contaba don Antonio Nariño. El nuevo cautiverio —duro cautiverio de cinco años— no había modificado a nuestro hombre. La luz de la calle reveló al mismo revolucionario de siempre. No bien se encontró fuera de la cárcel volvió a tomar la pluma, a intervenir activamente en la política española en relación con las colonias revolucionadas. Renació el panfletario bajo el seudónimo de Enrique Somoyar, con que firma sus cartas políticas de la isla de León. Era el nombre de un rico comerciante de la costa que, en la época de su prisión en Cartagena, le había tendido la mano. Somoyar había muerto en Santa Fe en 1815 mientras su amigo se consumía en la fortaleza de Cádiz. Ahora lo recordaba para consagrarlo en la única forma en que podía hacerlo. Así ha llegado hasta nosotros el nombre del caballero que confió en el Precursor cuando todos le desconocían, y la necesidad tocaba una de tantas veces en su vida de judío errante de la libertad.

La luz fascinadora de París atrajo nuevamente al eterno curioso, al intelectual invencible que había en él. Allí y en Londres se puso en contacto con los hombres importantes, con las ideas del día. Entraba ya en la vejez precipitada por los padecimientos de su última prisión; pero como en sus veinte, como en sus treinta, como en sus cuarenta años, era siempre el hombre a quien interesaban todas las cosas, para quien no había sector de la existencia que no mostrara alguna faceta atractiva.

Yo no sé, y sería interesante saberlo en estos momentos en que nos ahogan las dificultades económicas, yo no sé cómo logró don Antonio Nariño, arruinado por la tercera vez, desconectado de su tierra, olvidado y envejecido, lo que llamamos los bogotanos vulgarmente levantar fondos. Pero es lo cierto que aquel hombre, familiarizado con la aventura, hecho al milagro, camarada frecuente de la desgracia, que no había podido acomodarse a vivir con la opulencia, con la situación hecha que le esperó al

nacer, se hizo a dinero para comprar un cargamento de libros para seguir revolucionando desde su biblioteca de Santa Fe a los granadinos, y maquinaria agrícola para romper con la tierra la rutina en el arte de cultivarla. De su otro destierro a fines del siglo XVIII había traído la semilla de la libertad con los *Derechos del Hombre*, y con la semilla del carretón había estimulado la industria ganadera.

Por Venezuela llegó a Cúcuta, donde se reunía a la sazón el congreso constituyente de 1821 para el cual había sido elegido diputado. Ahora traía nuevos progresos y nuevas ideas. El centralista a *outrance* de 1812 se había convertido en federalista, y llegaba a Cúcuta con un proyecto de base federal.

Recibiólo el Libertador con respetuosa deferencia nombrándolo vicepresidente provisorio. Como tal presidió las reuniones preliminares del cuerpo legislativo. En vano intentó hacer ambiente a su proyecto de federación. La dura experiencia de la Patria Boba había convertido al centralismo a los juristas que habían seguido entonces las utopías de don Camilo. La crudeza de las campañas venezolanas, la unidad de la disciplina militar, la tarea que quedaba por delante para despejar de realistas más de media América, condujeron al campo centralista a los jóvenes oficiales de Baraya, prisioneros del dictador Nariño el 9 de enero de 1813.

Desde su salida de Santa Fe para el sur en aquel mismo año hasta el fin de su cautiverio, había corrido mucha agua bajo los puentes, mucha sangre en los campos y en las plazas de las colonias españolas. El cadalso, la manigua, las batallas, la emigración, se habían tragado una generación entera. Otra había crecido en esos siete años; se había aprestigiado en los campos de batalla, o había estudiado en los escasos centros de instrucción que quedaron en pie durante la guerra. En Cúcuta en 1821 el Precursor resultaba un personaje anacrónico, un resucitado, quizás más propiamente lo que los franceses llaman un *revenant*.

Es difícil imaginar una posición más incierta, más desconcertante que la de un resucitado. Como nadie espera resucitar nadie está preparado para desempeñar ese papel, y lo que es peor, nadie nos perdona el que resucitemos. Dígalo el buen Lázaro. En ese milagro, como en el del vino de las bodas, no buscó Cristo mostrar su divino poder. Quiso hacer algo definitivamente más humano, digámoslo en una palabra que no existía entonces, más caballeroso; quiso rendir un delicado homenaje a la amistad. Pero no podemos seguir ocultando que la resurrección de Lázaro creó en la casa de Marta y María uno de esos problemas fastidiosos de todos los días que, proporciones guardadas, vemos cada rato en nuestras casas con el simple regreso del señorito que vuelve de Europa, de la niña que se ha asoleado más de lo aceptable en las playas de ultramar. Lázaro mismo no supo qué hacer con su resurrección y he llegado a sospechar que en más de un día, al sentir por todos lados la extrañeza de la vida; al sentir en la calle y en la casa la mirada sorprendida y desconfiada de amigos y parientes, debió experimentar quien sabe qué rara sensación mezcla de nostalgia y despecho, ante todo de desconcierto, que no es posible definir a quienes no conocemos en forma alguna el raro sabor de la resurrección.

¿Estorbo? Hubiera debido preguntar desde la tumba al oír la primera voz del amigo que le llamaba desde afuera a la vida. Y como no se puede contestar a la voz de un muerto con la misma prontitud que a la de un vivo, un movimiento instintivo de reflexión, de vacilación, se habría seguido, y poco a poco la concurrencia se habría disuelto silenciosa sin insistir en la realización del peligroso milagro. ¿Estorbó Lázaro? El sugestivo silencio que sigue a las narraciones bíblicas induce a creerlo.

En el libro de Remarque, *Sin novedad en el frente* que tanto ruido ha metido últimamente, es para mí la página más trágica, más emocionante, aquella en que el soldado vuelve a su pueblo después de un año de trinchera, y desde que pisa anheloso el umbral de su casa principia a ser presa de la tenaza de inexorables fuerzas que súbitamente oprimen su ánimo; de algo que viene de fuera, de todo lo que le rodea, su madre, su hermana, sus amigos, los objetos familiares. Cuanto le circunda ha cambiado, tiene otra luz, son otros los timbres de las voces, otras las miradas y las palabras. Adentro en su alma también hay otro hombre que desentona con el ambiente. Los días de su pueblo, de su casa, de su cuarto, con que tantas veces soñó desde el zanjón inmundo de la trinchera antesala de la tumba, los días claros del hogar, están más lejos ahora que vive en ellos, que cuando los pensaba dentro del humo fétido de los gases, entre la discorde orquesta de los obuses y las granadas. Y, antes de cumplirse la licencia, volvió a requerir el uniforme y tomó silencioso, mecánico, con la muerte en el alma, la vuelta al odiado campamento.

En 1821, en Cúcuta, el general Nariño fue algo más desolado que un naufrago: fue un resucitado. Llegaban todos los días de Venezuela alegres oficiales que traían en sus botas y en sus espuelas frescos aun el polvo y la sangre de Carabobo. Habían salido ya los bigotes sobre los labios de aquellos muchachos que lo habían combatido en el año 12, de los que él había despachado para el norte en el año 13. También bajaban en sus mulas, por todos los caminos que por las montañas conducen del reino, graves diputados cargados de proyectos de ley. En algunos de ellos reconocía el Precursor caras adustas de abogados y de clérigos que le habían atacado con saña implacable cuando él quiso en el alba de la revolución hacer de este pueblo un solo haz para combatir al enemigo común. Ahora eran ellos los unitarios, y él, en el preciso momento en que el país tácitamente le concedía la razón, y podía cobrar el triunfo de su idea, que iba a condensarse en la carta fundamental, él, el eterno revolucionario, volvía a rebelarse contra lo existente, y pedía la federación. Otra vez estaba solo, como en la tarde de Ventaquemada, como en el ejido de Pasto, como en Ceuta, como en Cádiz. Frente a él, coronado por la opinión, nimbado por la gloria, se erguía a disputarle, con la vicepresidencia de Colombia, la hegemonía política un divisionario de veintisiete años. Figuraos por un momento a Lafayette delante del primer cónsul al día siguiente de Brumario.

De Cúcuta salió Nariño definitivamente vencido. Debía resignarse a su papel de precursor y nada más, tenía sesenta años que para la época representaban ochenta; el momento requería las energías menores de cuarenta años. Estaba fuera de los partidos del día: no era un retrasado, no lo fue jamás, pero sus ideas no cuadraban con las de la hora

que se vivía. Sobre ellas volvieron años después como a un avance los que vinieron a apellidarse progresistas. Su levita marrón del tiempo del Directorio desentona tanto de la casaca roja de los nuevos generales que forman la corte del César caraqueño como de la casaca negra, al estilo de la joven república americana, de que alardean los abogados pedantes de la Atenas muisca. Los abogados y los militares... ambos son hoy, lo fueron antes, sus enemigos y sus émulos; es que él no fue de ninguna de las dos castas. Concurrió a la revolución como unidad suelta, llegó a ser él solo un partido, algo como una entidad. Fue en todo momento un hombre de mundo en la mejor acepción de la palabra, un gran señor que al gusto de las cosas buenas, a la percepción de las cosas finas, unió el gusto por las ideas, la pasión de la política. Inquieto como Mirabeau, elocuente como Mirabeau, como él hizo el papel de precursor en un gran movimiento revolucionario, como él llegó a ser un veterano de las prisiones, y solo faltó a este gallego inteligente, nacido en el trópico, enamorado de las maneras y de las cosas francesas, para parecerse más, la desordenada turbulencia en los amores, imposible de nacer y prosperar en un medio como el nuestro. Precursor hubo de quedar entonces, muy a pesar suyo. Precursor único, separado de todos, lo ha proclamado la historia.

En Bogotá renace en el año 23 el panfletario de Cartagena, de Cádiz, de París, el periodista de *La Bagatela*. La edad, lejos de cegar, ha aumentado la vena humorística del viejo santaferño. *Los toros de Fucha* es el nombre de su nuevo periódico, desde cuyas columnas ataca sin piedad al gobierno de Santander. La sátira, su arma predilecta, es la que irrita más la epidermis provinciana del vicepresidente. "Ha vuelto Nariño a jeringar", dice gráficamente Santander en carta al Libertador que se halla en el sur. A jeringar, esta es la palabra. La jeringa y la bodoquera son las armas del embolador y del cachifo, las que admite y sabe esgrimir el bogotano neto en cualquier situación, en cualquier tiempo. Esas debían ser lógicamente las que campearan en el escudo de nuestra ciudad, ornado con águilas que no conocemos y granadas que no producimos.

1823 es el año de la prueba final. En diciembre ha de morir, pero antes ha de sufrir la mayor de las pruebas y se dará el placer, muy suyo, de librar estruendosamente su última batalla. Elegido para el congreso de aquel año, sus enemigos quieren cerrarle la entrada, y le acusan. Para encontrar motivos han tenido que ir muy lejos. Pasando por sobre la revolución, los buscan en los apolillados expedientes de la Colonia, y reviven el proceso relativo a la malversación de la renta de diezmos. Ante cualquier tribunal ordinario es condenable la conducta del recaudador que invierte los fondos confiados a su cuidado en cosa distinta de su legítimo destino, mas no quisieron o no pudieron ver los muy rábulas que aquel dinero, locamente sacado de las arcas donde vegetaba inútil, había servido para agitar el país y preparar la revolución de que ellos eran libertos.

Se ha dicho que fue la pasión política la que llevó a un grupo de diputados a la acusación a Nariño. Mirando un poco de cerca a los principales ejecutores de esta mezquina intriga, se alcanza a ver que hubo en ella ante todo el gusto morboso de abogados mediocres intoxicados por el papel sellado, pegados a la letra, formulistas enamorados del tér-

mino, que llegan a sentir por un inciso casi lo que otros pueden llegar a sentir por una mujer. Había ciertamente en la empresa políticos apasionados de alto bordo, en quienes se explica perfectamente el ataque a un rival agresivo e importante. Esto es cosa distinta. Es muy viejo y muy permanente aquello de que la política no tiene entrañas, y quienes gustan de echar los dados sobre ese tapete deben tener muy fría la sangre y muy seco el corazón. Nadie censura dentro de un juicio al juez o al fiscal; como el del verdugo, es siempre odioso el papel del acusador particular.

Era el segundo cargo formulado al general haberse hallado ausente del país desde 1814. Sabemos todos, y lo sabían de sobra los acusadores, en dónde y por qué estaba ausente Nariño. Su defensa constituye una de las mejores páginas de la elocuencia colombiana. Su absolución por el senado, el último de sus triunfos. Baja el telón pausadamente para cerrar el último acto en la tragedia de una vida.

En una sola jornada de a caballo, once años antes, había hecho el trayecto de Leiva a Santa Fe para venir a conjurar complicaciones políticas. En varios días, lentamente, desandaba ahora, acompañado apenas por un espolique, ese mismo camino para ir a buscar, bajo los árboles de la histórica villa, la sombra de un descanso definitivo. No quiso que le acompañaran amigos ni familiares; fingió que iba ilusionado en busca de una salud en que no creía.

Al llegar bien entrada la tarde al término de la sabana, detuvo la tarda mula en la cuchilla del cerro que la abrocha por el confín de Nemocón. Se ponía el sol. Sobre la verde inmensidad de la llanura divisó una inmensidad de puntos blancos. Parecíale como si hubiera caído una lluvia de estrellas. Pero no, antes, mucho antes que la Enciclopedia, allá en su lejana infancia en el caserón paterno de Santa Fe, había leído el Año Cristiano, y bien lo recordaba, la noche de San Lorenzo era en agosto, y ahora mediaba ya septiembre. ¡Ah! no, son las flores del trébol; son las hijas de aquellas semillas que trajo de Francia, acuñando los tomos de la Enciclopedia, Juan Jacobo, *Los derechos del hombre*. Quizá no había sido tan estéril su trabajo, pensó, y sin detenerse más enderezó la cabalgadura por la vertiente hacia el norte.

Secretamente marchaba a prepararse a la muerte, dulcemente, regocijadamente, en la paz de una aldea campesina. Su discreción de legítimo caballero impúsole con naturalidad el fin que convenía a su íntima manera de ser. En sus últimos días no encontraréis la nota espectacular que caracteriza la agonía de muchos grandes hombres. No se queja de nada, ni apostrofa a nadie; se complace en los amaneceres, en los crepúsculos de la comarca privilegiada que su fino sentido estético le hiciera escoger para dormir el sueño postrero. Se recrea en conversaciones ingenuas con las gentes rústicas del pueblo: el cura, el barbero, los estancieros; visita a la hora del Angelus a las monjas del Carmen, que le corresponden con golosinas monacales que vienen a aliviar el paladar en la magra mesa del Precursor. Contábanle los campesinos sus cuitas y sus esperanzas, de cómo el verano disminuía las fuentes, del nombre que iban a poner a un

nuevo perro traído de la romería por el compadre, o la yunta comprada en la feria de Ráquira. Hacíanle cuarto en la ropilla el cura, el alcalde y el recaudador, quienes de vez en cuando llegaban con la noticia de un nuevo triunfo republicano alcanzado en los lejanos campos por donde andaba a la sazón la guerra... Mientras tomaba el sol, después del desayuno, en el patio enrastrado, una banda de gorriones —vagabundos y alegres como el Nariño mozo— recogen a sus pies las migajas de pan moreno que acostumbra reservarles de su pobre plato el general.

No se yo donde reside la extraña similitud que existe entre la vida y la muerte de Nariño y la vida y la muerte de don Quijote. Pero es evidente. Para el 13 de diciembre resolvió dejarse morir el Precursor. La víspera, después de recibir una vez más los sacramentos, montó a caballo, hizo visita de despedida a sus buenos amigos del pueblo, y después de tomar su ligera merienda, consistente únicamente en leche de burra, arropado en el capote de Calibío, se durmió tan tranquilo como la víspera de una batalla, como la tarde de un duelo parlamentario. Al día siguiente se levantó como de costumbre, hizo llamar al padre Salvador y a otros amigos, departió con ellos de cosas indiferentes, como en cualquiera de las tertulias anteriores o de las que hubieran podido seguir. Pidió más tarde que vinieran los cantores del pueblo a recitarle algunos salmos, y sentado en la amplia silla frailuna siguió esperando a la muerte con el mismo ademán galante de sus años primaverales. No podía fallar el caballero en aguardarla de pies y abotonado hasta el cuello; él era un hidalgo, y ella —la intrusa— era mujer.

En la tarde tibia, a la luz del sol que huía de prisa por entre los alisales de Sáchica, mientras los rayos que penetraban por la ventana hacían dibujos caprichosos sobre el enladrillado, los ojos del Precursor se cerraron sin esfuerzo a la luz de este mundo, y las manos finas del volteriano del siglo XVIII, del panfletario del XIX, del cristiano viejo de siempre, dejaron caer sobre la manta el Cristo que trajeron desde Galicia los abuelos.

“¡Ay, no se muera vuesa merced, señor mío!, prorrumpió llorando Sancho cuando comprendió que su amo se moría; no se muera vuesa merced sin más ni más, sin que nadie lo mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, que por haber yo cinchado mal a Rocinante lo derribaron”.

Así debieron decir aquellos rústicos, como Sancho rudos representantes de la lealtad popular, que auxiliaron al Precursor en el último trance, y así debimos decir los colombianos cuando un siglo después hicimos un tardío desagravio a tu memoria, sobre esta tierra de tus amores, donde Bolívar fue la Independencia, Santander la República y tú lo más grande y permanente de todo: la Patria.

Amo Nariño: no se muera vuesa merced, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía, que jamás volveremos a cinchar mal el Rocinante de su quimera.

APUNTES

El vicepresidente Santander salía a pasear a caballo todas las tardes después de la comida, que entonces se servía a las cuatro. En aquella, de principios de diciembre de 1819, no había tenido quien le acompañara. Juan Manuel Arrubla, el mejor de sus amigos, el más íntimo de sus confidentes, se hallaba ausente. Despidió a sus edecanes, pidió el caballo y seguido a distancia por el ordenanza emprendió una larga vuelta por la ciudad. Al sentirse en el paseo de la Aguanueva, lejos del ruido de las calles, de los honores de las guardias, aflojó las riendas del cervuno, y sin saber por qué fue a dar con el pensamiento a sus años de estudiante, y escarbando en ellos llegó pronto a las visitas que con Urdaneta, con Rovira, con otros compañeros, solían hacer a la casa de la familia de don Pedro Velasco y de doña Catalina, su mujer, chapetón él, empleado de correos, gente honrada y sencilla de la clase media. Tenía tres hijas solteras bien parecidas, dos casaderas y una volantonera, dice don Luis Segundo de Silvestre que es de quien tomo este relato.

¿Quién de nosotros no ha tenido en su primera juventud, en sus últimos años de estudiante, una de esas relaciones puras, un poco ingenuas, que están en la línea precisa que deslinda el amor de la amistad? Relaciones que no puede ejercitar el estudiante en la clase alta, demasiado protocolaria, demasiado estirada, en extremo complicada para servir de campo de entrenamiento social a muchachos todavía tímidos, encogidos, que necesitan un poco de confianza, de la conversación, del amor en fin. Decimos y hacemos en esa edad de transición muchas amables tonterías. La casa, unos la tienen muy distante, y en la de quienes la tenemos al lado, es el momento en que aparecemos ligeramente ridículos, demasiado cursis, con nuestros desplantes de hombrecitos y nuestras simplezas de niños. Quizá sea un poco difícil de apreciar esto para la gente nueva, al menos para la gente bien, porque la visita, base de todo género de relaciones antaño, ha desaparecido hoy; pero sospecho que perdura felizmente aun en los estudiantes y en la clase envidiable, encantadora, que en cada tiempo se llama de algún modo distinto, ramplona, loba, que sé yo, y en el inmediatamente anterior al mío se apellidó niebluna.

Por cualquier callejuela se encamina el general Santander hacia el sitio donde recordaba la casa de don Pedro, y sobre todo de Concha, la segunda de las hijas, a la que acompañaba en la guitarra, porque el cucuteño, como le llamaban sus condiscípulos, era una buena guitarra en su tiempo de estudiante.

Es un bello cuento del género histórico aquel que don Luis Segundo de Silvestre llamó *Un par de pichones*. En él refiere cómo don Pedro, perdido el destinillo con la caída del virreinato, aterrado por el fusilamiento de Barreiro y sus compañeros, llegó a creerse el número cuarenta, el que debía seguir, en la lúgubre lista, al boticario Malpica; y la tragedia de aquella casa empobrecida, que se preparaba, porque aun quedaba alegría en las muchachas y devoción en los viejos, a celebrar la navidad de 1819, cuando golpeó a su puerta, bajo la clara luz de diciembre, mientras las campanas de Egipto tocaban a novena, el estudiante cucuteño que hacía nueve años no rondaba por allí.

Concha creyó ver la sangre de Barreiro en las manos que buscaban cariñosas las suyas; pensó que el vicepresidente venía por la vida de su padre; corrió hacia el interior y con sus palabras y su actitud llevó el pánico a toda la familia.

Guardado don Pedro en el arcón de la ropa, custodiado fieramente por su mujer, pereció asfixiado mientras el general intentaba vanamente de tranquilizar a aquellas buenas gentes a cuyo hogar venía a buscar, tras días cargados de fatiga, quizá de dolor, un poco de amistad, el agua fresca de una ternura, esquiva siempre a su alma solitaria de conductor.

La muerte que miró de cerca en las batallas, la muerte que él mismo prodigó en los cadalsos, conmovió por la primera vez, tal vez por la única, ese corazón que sus mismos panegiristas han sentido frío como el mármol de su pedestal.

Nada le quedaba por hacer allí. Respondiendo al único sentimiento íntimo que hubo en su ser, a la amistad, quiso llevar a sus viejos relacionados un poco de consuelo y de ayuda, y recibir de ellos, con el recuerdo de los días ingenuos, un grano de cariño. Se interpuso la sombra de las víctimas de octubre. Víctimas necesarias, pero siempre víctimas. Nada tenía que hacer allí. Recogió el sombrero elástico y la capa de grana que había dejado en la salita sobre la misma mesa que antaño colmaran las gorras de los bartolinos, los raídos capotes calamacos de los rosaristas en las gozosas nochebuenas. Crujió la temblona escalera bajo las botas de campaña del Hombre de las Leyes. Requirió este en la puerta su montura, y a través de la noche sin luna se encaminó al palacio solitario. Paraba receloso las orejas el caballo delante de los grupos de estudiantes que gritaban los aguinaldos a sus novias. ¿Rovira? ¿Urdaneta? ¿Ricaurte? Recordaba el general a sus camaradas. ¿Qué eran ellos? ¿Qué era él mismo? Estudiantes disfrazados de presidentes, de militares, de legisladores. Debajo de los laureles y de las estrellas, ¿qué quedaba de humano, de alegre, de sincero, de cierto? El corazón joven de estudiante, el que le había llevado aquella tarde a extramuros a buscar el recuerdo de un amor puro en el ambiente de alhucema y de papaya de la casa de don Pedro. Pasan más parejas de estudiantes, ¿Ricaurte? ¿Urdaneta? ¿Rovira? No, no es julio que revienta glorioso, es el trágico anuncio del trágico septiembre. Disfrazados de romanos Luis Vargas, el brujo Azue-ro, Juan Miguel Acevedo (Bruto, Casio, Casca, Cina)... Y en las caras de las muchachas que iluminan súbitamente, intermitentemente las luces de bengala, parecíale ver al general —en cada una de ellas— la cara de Concha, la hija del chapetón que le hacía segundo en la guitarra en los tiempos —¡tiempos felices!— de la virreina.

CUNDINAMARCA

... Ha tenido Cundinamarca, a través de los tiempos y de las vicisitudes de su historia, una peculiaridad que la distingue de las otras secciones de la república; su opacidad al sentido del regionalismo. No se ha oído decir jamás que un cundinamarqués alegue fuero o reclame privilegio; el hijo de Cundinamarca ignora más o menos el sitio de su na-

cimiento; en cualquier parte y en cualquier momento es simple, totalmente, un colombiano. No reclamo esto como un mérito; es una cosa apenas natural, y que deriva sin esfuerzo de circunstancias históricas y geográficas. El oriente y el norte de Cundinamarca son absolutamente boyacenses. Boyacá comienza en el Puente del Común cuentan que dijo el señor Caro; y es verdad. Boyacá comienza donde ya le sirven a uno dos sopas, y esto acontece en Chía, en Nemocón, lo mismo que en Hatoviejo, en Ventaquemada o en Paipa. En el oriente de ambos departamentos la misma afición a la política, al código judicial, al papel sellado. Nosotros jamás hemos sabido cuando pertenecemos al dominio del Zaque o al del Zipa. Yo estoy en el congreso por Boyacá, y siento esto perfectamente natural; mis electores nunca se han preocupado por saber donde nací, ni les interesa mayor cosa. Les basta mirarme, y ya quedan enterados de que soy uno de ellos. ¿Prieto o Solano de Paipa? ¿Pinto de Duitama? ¿Valderrama de Susacón? ¿Nieto o Mojica de Tasco? Lo mismo les doy. Soy uno de ellos. El mismo tipo, el mismo pensar sutil y complicado, la misma manera de bordear los abismos insondables o los vallados minúsculos. En el fondo, la misma resignación ante el destino. Cuando fui por primera vez a Boyacá me sentí más que en mi casa, me sentí en mi mismo. Manzana en Duitama, mulita de loza en Ráquira, naranja en Guateque, chirimoya en Guayatá, jinete en Sogamoso, canónigo en Tunja, elector en todas partes. Quise comer en todas sus ventas, rezar en todas sus iglesias, vivir y trabajar en todas sus haciendas, y reposar en todos sus cementerios confundido con los "rústicos patriarcas de la aldea".

El sur y el occidente de nuestro departamento miran hacia el alto Magdalena, y tienen conexión estrecha de intereses con el Tolima. En Girardot, en Mariquita, en Honda, se han reunido siempre sin reparar, ni antes ni después de la ocupación española, si cuando en sus ferias están cambiando su café, su oro, su sal, sus muleros, sus novillos. se encuentran sobre la ribera izquierda o sobre la derecha. Porque hay que decirlo sin rodeos: el problema de occidentalismo y orientalismo colombiano, que sería ridículo si no fuera criminal, es perfectamente artificial. Se ha querido hacer de nuestro gran río un Rin que separe dos pueblos opuestos, y basta acercarse a él en cualquier punto, para ver que es un Nilo que aglutina y fecunda perennemente la cultura de una sola nación ligada por intereses inseparables. ¿Qué diferencia hay entre un vaquero de Peñalisa o de Guataquí, y uno de Saldaña o del Santuario? ¿Cuál entre la tonada de un cantar de Tocaima o Tibacuy, y uno de Neiva o de Chapparral?

En el centro, y como tercer factor tenemos a Bogotá, ciudad que ignora fundamentalmente que es la capital de Cundinamarca. Ella es, ni más ni menos la capital de Colombia, crisol en que se funden las gentes de todo el país con sus modos, sus costumbres, para tomar a la larga en su ambiente, el aire especial de este lugar. El tema es muy atractivo pero demasiado largo y conocido por todos vosotros, para tratarlo aquí...